



## Recuerdos de Valladolid.

### TRADICIÓN

I

DON TELLO

Señora, por vida mía  
que os dí siete meses más,  
y es un plazo que quizás  
concederos no debía.  
¿Paréceos aún poco?

DOÑA ANA

No.

DON TELLO

Pedisteis un año.

DOÑA ANA

Sí.

DON TELLO

Si año y medio os concedí,  
¿qué más hacer pude yo?  
Don Juan de Vargas no viene.

DOÑA ANA

Harto, por mi mal, lo sé.

DON TELLO

Pues que tanto os aguardé,  
no esperar más me conviene,  
que fuera lance fatal  
que mi imprudencia pudiera  
dejar que don Juan volviera  
con derecho al mío igual.

DOÑA ANA

Tenéis, don Tello, razón.  
Pedí por término un año,  
pues tan fiero desengaño  
no aguardó mi corazón.  
Prometí que si en todo él  
el de Vargas no volvía,  
con vos me desposaría:  
¡creíle menos infiel!  
Año y medio me esperó,  
don Tello, vuestra nobleza,  
y en tan hidalga grandeza  
no habré menos de ser yo.  
A mi padre responded  
lo que os dije; vuestra soy;  
mas si don Juan vuelve hoy....

DON TELLO

Doña Ana, el labio tened,  
ó mirad lo que decís.

DOÑA ANA

Si acabar no me dejáis....

DON TELLO

No, que ó todo lo negáis,  
ó todo lo consentís.  
Vuestra fe daréis entera,  
como os la pide, á don Tello,  
que si Vargas vuelve, en ello  
yo sé bien lo que me hiciera.

DOÑA ANA

¿Que decís, Tello?

DON TELLO

Doña Ana,

yo os pedí para mujer;  
mirad si lo habéis de ser,  
y vuelva Vargas mañana.

DOÑA ANA

Que sí os dije; pero si hoy  
viniera Vargas, ya no.

DON TELLO

Ya en eso me veré yo,  
pues vuestro marido soy.

DOÑA ANA

Pues, don Tello, si viniera....

DON TELLO

¡Vive Dios, que le matara,  
pues porque yo os esperara  
no era justo que os perdiera!

DOÑA ANA

¡Don Tello!

DON TELLO

Miradlo bien,  
que pues más no he de esperar,  
conmigo habéis de casar  
si viene, y si no, también.

DOÑA ANA

Don Tello, pues ha de ser,  
no haré en ello oposición;  
ya que tenéis la razón,  
mirad lo que habéis de hacer.

Esto hablaban una tarde,  
ya muy cercana la noche,  
doña Ana Bustos Mendoza  
y don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan  
sus heredados blasones;  
ella envidia de las damas,  
él galán entre los hombres.

Y ella hermosa, y él valiente,  
por especiales razones  
unirlos en casamiento  
sus parientes se proponen.

Don Tello adora á doña Ana,  
mas como valiente noble,  
ha más de un año que espera  
que su afán se le malogre,  
porque ha tanto que la niña  
tiene asentado en otro hombre  
el pensamiento amoroso,  
y ni sosiega ni come.

Es su amor don Juan de Vargas,  
que á Italia oculto fugóse  
por no sé qué muerte oculta  
en las sombras de la noche.

Mas don Juan desde aquel día  
tan de veras ocultóse,  
que de su estado y persona  
cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas  
se rastrearon en la corte  
mil exquisitas pesquisas,  
mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre,  
el mismo Rey perdonóle;  
pidieron á todas partes  
cartas y noticias dobles;

mas en todas fueron vanos  
al misterio que le esconde,  
los parabienes presentes,  
las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos  
vuelven bajo el mismo sobre,  
porque en ninguna parece,  
ni en ninguna le conocen.

Cansado por fin don Tello  
de plazos y condiciones,  
y recelando que al cabo  
parezca don Juan y torne,

resuelto y tenaz decide  
que, pues año y medio corre,  
de grado ó de valimiento  
se cumpla cuanto pactóse.

Y la verdad, que doña Ana,  
más tibia ya en sus amores,  
no con enojos escucha  
de don Tello las razones,

ni estorba que la festeje,  
ni que vista sus colores,

ni entre en su casa de día,  
ni que sus rejas la ronde;  
porque en esto de firmezas  
en ausencias y en amores,  
era sin duda lo mismo  
que en nuestros tiempos, entonces.

Quedó, pues, dicho y jurado  
que, excusadas dilaciones,  
la boda se concluyera  
dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,  
cuantos hay vecinos nobles,  
á dar sus enhorabuenas  
á los novios se disponen.

Mas es preciso advertir  
que mientras en los salones  
danza y festejos preparan  
juntos Mendozas y Apontes,  
las puertas del Campo Grande  
cruza á resuelto galope,  
embozado en una capa,  
sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre  
que la atmósfera encapota  
entre las dobles cortinas  
de la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales  
el cierzo á intervalos sopla,  
quebrándose en las esquinas  
con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,  
como sombras vaporosas,  
mas esparcidos, faroles  
que entre la niebla se ahogan.

Y á su esplendor vacilante,  
por las calles tortuosas  
apenas á ver se alcanza  
de los que pasan la forma;

que no es tan tarde, que en sueño  
la ciudad repose toda,  
ni tan pronto, que aun excusen  
los rondadores su ronda.

Óyese el sordo murmullo  
de las fugitivas ondas  
con que el revuelto Pisuerga  
ambas orillas azota;

y entre su son temeroso,  
la voz compasada y ronca

con que las huecas campanas  
al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas  
que el Campo Grande aprisionan,  
turbias luces se perciben  
por entre ventanas rotas,

á cuya opaca lumbrera  
algún penitente ora,  
y con el llanto del monje  
las culpas del hombre borra;

ó algún sabio solitario,  
en meditación más honda,  
del vano mundo desprecia  
la mal olvidada pompa.

¡Cuán grato es ir sin camino,  
con el corazón á solas,  
en la deliciosa calma,  
de la noche silenciosa,

sin testigos que sorprendan  
sobre la faz melancólica  
las lágrimas que se escapan  
de los ojos gota á gota!

Noche, consuelo del triste,  
bendita tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora.

Yo también, triste poeta,  
al compás del arpa ronca  
te rindo tributo en lágrimas,  
plegarias de mis memorias;

y una y mil veces bendigo  
tu espesa tiniebla lóbrega,  
desciñendo las guirnaldas  
que el arpa cansada adornan.

Noche, consuelo del triste,  
bien haya tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora.

Cruzando del Campo extenso  
la soledad misteriosa,  
á lentos pasos cámina  
un hombre, de cuya forma  
se distingue solamente  
la pluma que en alto flota,  
las espuelas en que acaba,  
y la espada que le abona.

Lo demás de su figura  
lo velan, guardan y embozan

los secretos de una capa  
en que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza  
por una calleja corva,  
de casa en casa pasando,  
señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse,  
que de palacio blasona,  
«Ésta es», dijo, y en la puerta  
la mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio  
el son de la aldaba dobla,  
corriendo dentro un cerrojo,  
un hombre al dintel asoma.

Haciendo paso al que sale,  
el que iba á entrar se reporta,  
y al tiempo mismo en su rostro  
reflejó la luz dudosa.

—¡Don Juan!—¡Don Tello!—exclama-  
en voz descompuesta y honda [ron  
ambos á dos personajes,  
como quien duda y se asombra.

—¿A don Juan mirando estoy?

—¿A quien veo es á don Tello?

—¡Por Dios, que no erráis en ello!

—Ni vos en mí: don Juan soy.

—Seguidme.

—¿Adónde?

—A reñir.

—Vamos; mas reñir, ¿por qué?

—Seguidme, don Juan, que á fe  
que os lo tengo de decir.—

Calló don Juan, y don Tello,  
en faz decidida y torva,  
«por aquí», dijo, y airado  
la vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,  
sueñas en tierra las capas,  
están dos hombres á punto  
de cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO

Reñid, don Juan, ó vos mato.

DON JUAN

Grande será vuestra causa,  
don Tello; mas, ¡vive Dios,  
que yo en saberla me holgara!

DON TELLO

Reñid, don Juan.

DON JUAN

Vos, parece  
venís á reñir con rabia;  
mas yo, que ignoro.....

DON TELLO

Ó reñís,  
ú os asesino á estocadas.

DON JUAN

¡Tello!

DON TELLO

Reñid, ¡voto á Cristo!

DON JUAN

Mas decid una palabra,  
una razón, un pretexto,  
y riño.

DON TELLO

¡Pese á mi alma!  
¿En Valladolid no estáis?

DON JUAN

Bien se ve.

DON TELLO

Y ¿á quién buscabais?

DON JUAN

A doña Ana de Mendoza.

DON TELLO

Reñid, pues, que esa es la causa.

DON JUAN

¡Doña Ana! ¿Qué.....

DON TELLO

Esposa mía.....

DON JUAN

¿Es?

DON TELLO

Será.

DON JUAN

¿Cuándo?

DON TELLO

Mañana.

DON JUAN

Defendeos bien, don Tello,  
que la razón es sobrada.

Cruzáronse los estoques,  
adelantaron las dagas,  
y empezaron los aceros  
do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas  
en la obscuridad sonaba,  
sin que en la sombra se alcance  
cuál es más feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos  
ambos, fatigados, lanzan;  
mortales golpes se tiran,  
mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,  
sin duda el brazo se cansa,  
porque los golpes son menos,  
la respiración más tarda.

Y sin duda que es temible  
la contienda solitaria;  
don Tello no cede un paso,  
don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo  
recto al corazón no vaya;  
no hay un quite que no pare  
la postrimera estocada.

Es el brazo que defiende  
tan fuerte como el que ataca,  
que á acertar un solo golpe,  
con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro,  
ni uno cede, ni otro avanza;  
con más arrojo don Tello,  
don Juan con mejor constancia;  
y en vano son los ardides,

los esfuerzos y las mañas,  
los amagos engañosos,  
las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,  
siempre un estoque una daga,  
y un esfuerzo inesperado  
una defensa pensada.

Entrambos desfallecidos,  
pierden tierra, y tierra ganan;  
mas en ganar y en perder,  
siempre es igual la ventaja.

Desesperado don Tello,  
don Juan en siniestra calma,  
así igualmente se estrechan,  
é igualmente se rechazan.

Y está la muerte dudosa  
en ambos aposentada,  
la mano en entrambas vidas  
sin atreverse con ambas.  
Abrasado al fin don Tello  
en el volcán de su rabia,  
no mirando ya su honra,  
sino sólo su venganza,

viendo que don Juan no cede,  
y que él tampoco adelanta,  
pensó en ganar por traidor  
lo que por audaz no gana.

Y cerrando más brioso  
con tan traidora esperanza,  
como si alguno amagase  
á don Juan por las espaldas,  
gritó: «¡Tente! ¡No le mates!»,  
y al volver don Juan la cara,  
hasta la cruz escondióle  
dentro del pecho la espada.

Cayó don Juan, y don Tello,  
ganando apenas su casa,  
guardó en la vaina su estoque,  
y su secreto en el alma.

## II

Lejos del mundo y de su pompa vana,  
harto de juveniles devaneos,  
el polvo hollando que la raza humana  
encierra en sus placeres y deseos,  
renunciando su gala cortesana  
y de su clara estirpe los trofeos,